



Beatriz Berrocal
**Adiós,
noviembre**

Todo se transforma
cuando decides tomar
tu propio camino



KEROUAC

No serás nada en este mundo a menos que hagas lo que quieras. No planees nada, simplemente ve y hazlo.

JACK KEROUAC

Quizás debí haberlo hecho antes. Seguro que sí.

Si desde los tres años sé lo que soy y, sobre todo, lo que no soy, ¿a qué estuve esperando? ¿A que se me pasase? ¿A «curarme» como si esto fuese una gripe?

No. Esto no se cura, porque no es una enfermedad, ni se arregla, porque no estoy estropeada. Sabía que lo que sentía era para siempre y ahora tengo la sensación de haber perdido el tren, de que mi oportunidad pasó entonces, cuando aprendí a hablar, cuando en infantil me enseñaban a poner el nombre y me corregían una y otra vez porque creían que lo hacía mal.

No era eso, no me equivocaba. La maestra me enseñaba a poner Cristian, pero yo ponía siempre Cristina, y no era un error.

Me llamo Cristina, aunque en todos los sitios ponga Cristian. Soy una chica de quince años, aunque mi cuerpo, por fuera, no lo parezca. Visto pantalones y

camisetas lo más neutros que puedo, pero me encantaría llevar vestidos, faldas y pendientes.

En la última revisión con el traumatólogo, me dijo que tengo una contractura cervical postural motivada por mi obsesión de ir mirando siempre hacia abajo y que, de seguir así, tendrán que ponerme un collarín.

Lo que me faltaba.

En el colegio Torrijanos quisiera yo ver al traumatólogo. No voy con collarín ni aunque se me caiga la cabeza al suelo.

Además, creo que la solución no es esa, sino dejar de agacharla.

La teoría me la sé; la práctica ya es otra cosa.

—La sociedad española es mucho más abierta que antes. Hoy día, la información e incluso la globalización han contribuido a que, situaciones que antes eran tabú y no se podían hablar en ningún sitio se hayan normalizado, de manera que nadie se rasgue las vestiduras por nada —dice uno de los colaboradores en el debate.

—Discrepo —replica la mujer que está sentada frente a él, en el otro lado de la mesa—. Sigue habiendo situaciones sangrantes. Esta misma semana se ha propuesto en Rusia que no sea delito pegar a la mujer si es en el entorno familiar y no más de una vez al año; si eso es ser una sociedad más abierta...

—Me estoy refiriendo a España —interrumpe su interlocutor—, y hablo de la gente de a pie, no de los

políticos. Además, que sepa usted que la propuesta ha sido sugerida y gestionada por una mujer; o sea, que...

—No perdamos el hilo del presente debate —corta el moderador, un hombre joven, con una paciencia infinita—. Les ruego que se atengan a lo que resume muy bien el título del programa de hoy: «¿Somos tan tolerantes como nos gusta parecer?».

La intervención de un tercer invitado hace que todo el mundo en el plató guarde un silencio que parecía imposible:

—Pero, vamos a ver, ¿de qué estamos hablando? ¿De cuatro famosos que salen de ese armario que debe de ser como el camarote de los hermanos Marx, y de los que solo vemos su cara más brillante, o hablamos de los chavales que cada día se enfrentan a los insultos y a las risas de sus compañeros de colegio o de instituto, que se burlan de ellos por ser gais, lesbianas o transexuales? Porque eso, señores, está pasando en esta sociedad tan abierta y tolerante que ustedes están pintando y que yo no veo por ningún sitio, y no ocurre en Rusia ni en Afganistán; ocurre aquí, al lado, en el colegio de su hijo o en el de su hija, sí, en esas clases en las que se sigue produciendo acoso y en esas casas en las que se sigue pegando a mujeres, niños o personas mayores. ¿Tolerante? ¿Le digo yo a mi hijo de diecisiete años que vive en una sociedad tolerante cuando cada día llega a casa roto de dolor porque le siguen llamando «marica» en clase y burlándose de su homosexualidad? No, eso no es ser tolerante, eso es rodearse de un aura de falsedad para llenarse la boca con palabras que no pasan de ser eso: vacíos, abismos

entre lo que es y lo que debería ser. Mientras yo no vea a mi hijo yendo a clase como otro chaval cualquiera, ir de la mano con otro chico sin que se burlen de ellos o arbitrar un partido de fútbol, que es su pasión, sin que los propios padres de los niños que están jugando le llamen «maricón», hasta entonces no me creeré que nuestra sociedad es tolerante, porque lo que tenemos ahora es una burda imitación, de las malas, de esas que no se parecen en nada a la auténtica.

Un aluvión de aplausos cierra el alegato del invitado y varias manos se levantan pidiendo la palabra para intervenir.

—¿Qué haces, Cris? ¿Pero tú no tienes examen mañana? ¿No deberías estar estudiando? Luego dices que no te ha dado tiempo.

—Estaba viendo esto; está interesante.

—¡Venga, hombre! Una pandilla de vociferantes que hablan todos a la vez y se creen que sientan cátedra con las estupideces que dicen. Deja de ver eso, por favor, no son programas adecuados para tu edad; no creo que ninguno de tus amigos vea estos pseudodebates, entre otras cosas porque a estas horas estarán estudiando, como deberías estar haciendo tú.

Esos amigos que mi madre se cree que tengo están en estos momentos jugando al *Fortnite* o viendo a *youtubers* en sus móviles. Sé que ella se sentiría mucho mejor si yo estuviese haciendo lo mismo, porque es consciente de que el examen no lo estudio jamás el día antes, que me organizo de manera que la víspera me quede libre para ir tranquila y relajada, que hay veces

que voy al cine o me quedo viendo alguna serie en inglés porque es mi forma de no ponerme nerviosa. No soy como los amigos que no tengo o los compañeros que sí; soy distinta y eso es lo que no admite.

—Vamos, hijo, que no duermes las horas suficientes, acuéstate ya.

Me llama «hijo», después de todos los años que lleva sabiendo que soy una chica, que pienso y siento como una chica; ella prefiere valorarme por lo que hay entre mis piernas y no entre mis orejas. No la culpo; ha recibido una educación estricta en la que no se admite la menor fisura, y lo que ha recibido es lo que quiere transmitirme.

—Yo me voy a acostar ya; mañana tengo una de las sesiones previas antes del juicio, todo tan mediático que me abruma no poder hacer las cosas con la discreción que me gusta.

—Sí, te vi antes en los informativos. La cámara te quiere, mamá, sales muy guapa.

—¿La cámara me quiere? ¡Anda, acuéstate, que es tardísimo!

Me da un beso muy leve en la frente antes de irse a la cama.

Atrás quedaron las conversaciones que yo no olvido y que ella no quiere recordar; los días en los que le dije mil veces que tenía que haber algo diferente dentro de mí porque por fuera parezco un chico cuando yo soy una chica; las veces en las que me pidió que no dijera eso delante de nadie; el día que tuve que hacer la comunión vestida de almirante de la marina en vez de llevar

el vestido de tul que tantas veces me había quedado mirando en el escaparate de la tienda de la calle Mayor.

—¿Qué pretendes? ¿Ser más listo que la naturaleza? ¡Que no, Cristian, que no! Mírate, eres un chico; y te agradecería que te fueses quitando de la cabeza esas ideas sin sentido que no sé quién te ha metido, porque lo que no podemos es enmendar la plana a la biología, y, si tus genes son XY, no van a convertirse en XX por mucho que a ti te guste. A mí me encantaría ser altísima, con el pelo y la piel morenos, y, mira, uno sesenta y cinco, piel clara y este pelo rizado que odio. Es lo que hay, me aguanto y ya está.

—Pero tú te pones tacones, te tiñes y te planchas el pelo para parecerte lo más posible a lo que quieres ser, y yo quiero hacer lo mismo: vestir, peinarme o pintarme para parecerme lo más posible a la chica que soy por dentro, mamá. Puedo hacerlo, hay gente que ya lo ha hecho y no pasa nada.

—Si lo que quieres es arruinar la vida de tus padres, adelante. ¿Sabes lo poco que tardaría en trascender que la jueza Ramos tiene un hijo marica? Nada. A los cinco minutos de pisar la calle tu imagen pixelada estaría en la portada de todas las revistas y la burla sería mucho mayor.

—¡No soy marica! ¡Soy transexual!

—No sabes lo que estás diciendo, estás desorientado como lo hemos estado todos a cierta edad. Es natural, no eres el único que atraviesa una crisis de identidad, pero no por eso hay que tirar todo por la borda. Mírate, Cris, eres un chico inteligente...

—¡Soy una chica, mamá! ¡Soy una chica!

—¡Yo parí un varón, y un varón es lo que pone que eres en todos tus documentos! Quiero ayudarte, hijo, pero es que no me dejas ni hablar.

—No quieres ayudarme, mamá; quieres vivir tranquila, que es distinto.

—No tienes ningún derecho a hablarme así. Tu padre y yo vivimos para ti, trabajamos para que no te falte de nada, para que tengas un nivel excelente de inglés, para que tengas todos esos libros que te gustan, para que manejes los últimos avances tecnológicos que hay y vayas al mejor de los colegios.

—Pues todo eso no sirve de nada si me falta lo principal, si no puedo manifestar mi verdadera personalidad. Soy una chica y tengo que parecer un chico solo por no molestaros.

—Te has obcecado. No entiendes lo que te ocurre, pero yo sé que todo esto va a pasar. Solo te pido que te des un poco de tiempo. Sé que pasará, como todos los altibajos de la adolescencia. No te precipites, Cris, y, sobre todo, ten calma, porque esto podría hacernos mucho daño a tu padre y a mí. Tienes suerte de que nuestros trabajos nos permitan mantener un nivel de vida que de otra forma no sería posible, pero eso tiene un precio: la discreción, y hay que pagarlo, hijo, hay que pagarlo.

¿Cuánto ha pasado de esa conversación? ¿Tres meses? Cuatro como mucho. Y aquí sigo, viviendo en la niebla mientras ellos creen que se me está pasando la tormenta de ideas y que cualquier día les dará la alegría de decirles que todo era una confusión y que ya he olvidado eso de que soy una chica, que nos reiremos

juntos y brindaremos con un refresco por lo bien que nos va la vida.

No, eso no va a pasar. Son mis padres, no quiero arruinar sus carreras, como dicen, pero tampoco creo que pueda vivir así mucho más tiempo.

¿Qué puedo hacer?

No lo sé.

¿Buscar ayuda?

¿Dónde?

Estoy hecha un lío.

Kerouac dice que no hay que planear nada; de hecho, su más famosa novela, *On the Road*, aparenta ser una prosa espontánea, como si la hubiese escrito sin planificación. Es cierto que el borrador lo escribió en veinte días y que, para no tener que detenerse en reponer papel en la máquina de escribir, unió hojas hasta formar un rollo de treinta y seis metros de largo; sí, vale, pero la novela no surgió así: llevaba más de seis años escribiendo los diarios en los que se basaría. Tardó mucho tiempo en que algún editor aceptase su novela tal y como era.

Yo llevo quince esbozando mi verdadera vida.

¿La aceptarán algún día tal y como quiero que sea?

DOSTOIEVSKI

Es mejor equivocarse siguiendo tu propio camino que tener razón siguiendo el camino de otro.

FIÓDOR MIJÁILOVICH DOSTOIEVSKI

Mi padre viaja a Bruselas esta semana: tiene la reunión con los eurodiputados. Como no tengo clase, he querido ir con él, pero no me ha dejado.

Mi madre está encerrada en la casa de la playa. Dentro de unos días tiene la segunda sesión del juicio por el caso de corrupción en el Partido Liberal de Benasanta y necesita leer y repasar todo el sumario. Está en los informativos cada día. Hablan de ella en todos los programas, y eso le genera una tensión que no favorece la calma que necesita los días previos a juicios tan mediáticos, así que prefiere mantenerse alejada de cualquier influencia externa, leer y releer el sumario, arrullada solo por el sonido del mar.

¿Y yo qué hago aquí? La casa es enorme, tengo piscina, sala de cine, biblioteca, gimnasio..., pero estoy sola y nada de lo que me rodea me satisface. Estos días solo van a clase los que tienen que hacer algún examen de recuperación, así que puedo quedarme en

casa. Están Odalys y su Aníbal, pero da igual, ellos están a su trabajo y yo no sé ni qué hacer, así que me voy al pueblo con la abuela. Por lo menos, allí estoy acompañada; nos entendemos muy bien las dos. Desde pequeña me llama Cristina y me compra la ropa que me gusta —o sea, ropa femenina—; simplemente, me acepta como soy y me quiere a pesar de ello.

—¡No digas eso! ¿Cómo que te quiero «a pesar de ello»? Te quiero como a todo el mundo, precisamente por ser como eres, igual que tú me quieres a mí por ser como soy; es lo bueno que tenemos: ser diferentes unos de otros.

Con sus ochenta y dos años, su mente es abierta y flexible en lo que a mí respecta. Después, no entiende cómo podemos enviarnos fotos con el móvil o hablar con Skype, no tiene internet ni le hables de wifi, pero me comprende sin ningún problema y no quiere cambiarme. No cuestiona lo que digo; si me siento chica, soy chica, y su lema en la vida es: «Solo quiero que estéis sanos y tengáis ratos felices».

No es extraño, aunque sí triste, que no se hable con mi madre. Al principio me sentía culpable de ello, porque fue su distinta actitud conmigo lo que las alejó, pero ahora creo que cada uno es responsable de la posición que toma. Mi abuela sabe que tiene una nieta y mis padres siguen empeñados en que tienen un hijo.

¿Tan difícil es comprenderlo?

—¡Es imposible, sencillamente imposible! —Mi padre se rebota cada vez que intento hablar con él del tema—. Mírate. ¿Qué tienes entre las piernas? ¡Órganos

masculinos! ¿No es así? Claro que sí, lógico, porque eres un chico, por más vueltas que quieras darle. No podrás jamás ser una mujer porque sobre eso no podemos decidir; la naturaleza, la biología o la genética han decidido por nosotros.

Cuando el autobús para en el pueblo, me siento feliz. Es como si soltase las cadenas que el resto del tiempo me tienen atada, como cuando contiene mucho rato el aire dentro de los pulmones y luego vuelves a respirar.

—¿Pero cómo vienes en el autobús este, hija? Si para en todos los pueblos, es una pesadez.

—Paso de que me traiga nadie, abuela. Vengo más tranquila así, y no se me hace largo porque vengo leyendo.

—¿Qué lees ahora?

—Estoy con *Marioneta*. Trata sobre el acoso escolar.

—Pues yo he vuelto a Dostoievski, no me voy a rendir. *Los hermanos Karamazov* aterrizan de nuevo en mi mesa camilla. Vamos a ver si pueden más ellos o yo.

—¡Uff! Vuela alto mi abuela. Pensaba que ya lo habías dejado por imposible.

—Y así era, pero he vuelto a intentarlo. He vivido situaciones peores y no me he dado por vencida. A ver si ahora me van a arrinconar un par de rusos. No quiero dejar nada pendiente en este mundo cuando me vaya para el otro.

Y me llena de besos mientras me cuenta las novedades del pueblo: que si la viuda de uno enfermó de

neumonía, que si los hijos del otro le llevaron a una residencia... En fin, los informativos locales, las cosas que salpican su vida con algún toque diferente.

Entro en mi cuarto y siento la magia de ser yo misma. Las cortinas de la ventana son de flores, a juego con la colcha de la cama. Y tras la puerta, en el perchero con forma de árbol al final del otoño, me espera la bata rosa que me acoge en su interior como un abrazo de cálida felpa.

Me tumbo un momento en la cama antes de la cena e inhalo muy dentro el olor de las sábanas: tiene que ser este el olor de la calma.

La abuela me pregunta por papá. Ya sabe que está en Bruselas, pero no se entera muy bien de a qué ha ido esta vez. Se lo explico, charlamos y, como otras veces, no me hace ni la menor referencia a mi madre. No es que sea una situación nueva; ya debería estar acostumbrada. Ni mi madre viene aquí ni mi abuela va a nuestra casa; son como dos mundos diferentes, incompatibles, separados por un muro invisible pero férreo y en cada uno de los cuales tengo una personalidad distinta: en el de mi abuela soy Cristina y actúo como tal, y en el de mis padres... no sé quién soy.

—Te he preparado la camisa beis que tanto te gusta, y la faldita ajustada, la negra, que te queda muy bien.

Lo tiene todo colocado sobre el respaldo de las sillas del comedor. Allí tengo todas las cosas que me pongo cuando vengo: las medias de cristal, las faldas, las cazadoras que me gustan con camisetas de tirantes, y siempre hay algo nuevo, siempre.

—No me pude resistir. Lo vi en el mercadillo de la plaza; ya sabes, baratijas —dice bajando un poco la mirada como si tuviera que pedir perdón por hacerme feliz—. Creo que te valdrá, pero no sé, porque cada día estás más delgada.

La abrazo tan fuerte que temo hacerle daño; es la única persona en el mundo que no trata de cambiarme y, además, disfruta que yo sea chica, no ve problema alguno en ello y me alienta a que lo manifieste abiertamente. Cuando estoy en este pequeño reducto que es su casa, logra que me sienta orgullosa de mí misma.

—Mañana vamos a ir a dar un paseo las dos y estrenamos la ropa, que yo también me he comprado unos zapatos de piel por doce euros, pero de piel de la buena.

—Abuela, por doce euros no creo que sean de piel ni buena ni mala. Serán de plástico y, además..., yo no salgo, ya lo sabes.

No, en su casa soy yo misma, pero traspasar el umbral de su puerta me da pavor. Es un pueblo pequeño, se conocen todos y no quiero que los rumores le hagan daño, que se burlen de ella cuando yo no esté y eso le haga sentirse mal.

—Somos mucho más tolerantes de lo que te imaginas. Vale que comentamos las cosas de todos, claro que sí; nos permitimos el lujo de opinar, de juzgar y de arreglar la vida de los demás desde nuestra casa, pero al final... aceptamos las cosas como son. Somos nobles; es nuestra naturaleza. Mira, la hija de mi amiga Leonor se metió a monja y a los dos años se

salió. La pusimos verde, sí, pero la aceptamos cuando volvió arrepentida y con más ganas que nunca de vivir la vida. Ha tenido tres chiquillos de tres padres diferentes, mira la monja... Pero le tenemos un cariño enorme, y a esos niños les he limpiado yo más mocos que su madre, ya ves. Esa es la realidad: hacer, no ir diciendo y luego no hacer nada.

–Abuela, de verdad, no insistas. No puedo salir a la calle y después marcharme sin más dejándote aquí con las lenguas desatadas.

–Pues no te marches. Decídate ya y quédate unos días. Dime una cosa: ¿no te atreves por mí o porque te da miedo salir a la calle como la chica que eres? ¿Te asusta hacer algo que llevas años queriendo?

–No es eso, abuela...

–Sí que es eso, niña, y me parece lógico y normal. Mientras todo sean barreras ante ti, tienes la disculpa de que no te dejan hacerlo, pero cuando ves que no hay límite, porque aquí nadie te lo pone, entonces quedas tú sola con tu realidad, y eso hay que asumirlo... o no.

–Si mi padre se entera de que he salido a la calle vestida de chica en su pueblo natal...

–¡Vestida de chica, no! Vestida de lo que eres. Y si se entera, se enteró. No puede modificar lo que ya ha pasado y tú no puedes perder tu vida pensando en lo que van a decir los demás.

–¡No son los demás! Son mis padres.

–Mira, Cristina, quiero a tu padre como mi hijo del alma que es –y pone especial énfasis en marcar esa

alma de madre que tiene—, pero en este tema se está equivocando, y mucho.

—No quiero hacerles daño.

—Ni él a ti, de eso estoy segura. Lo que le pasa es que no sabe afrontar la situación, y le asusta, por su cargo, por la gente, por el qué dirán... Los padres no somos perfectos.

Supongo que los hijos tampoco; lo que pasa es que me planteo cómo será mi vida dentro de unos años y aparece ante mí un túnel oscuro e interminable; no veo la luz al fondo, no hay nada, ni siquiera esperanza, y eso me asusta porque no sé qué va a ser de mí, qué puede echarme en cara esa Cristina del futuro que tal vez me espere a la vuelta de unos años y cuyos reproches no me atrevo a imaginar.

Me pruebo la ropa nueva y desfilo para la abuela como si fuese una cotizada modelo. Voy y vengo por el pasillo imaginando que cientos de personas me admiran, me aplauden y me hacen fotos. La ropa me queda genial; me miro al espejo y me siento guapa, me veo atractiva y segura de mí misma, pero cuando la abuela me agarra del brazo y me señala la puerta abierta de la calle animándome a que salgamos, me vengo abajo; la realidad me aplasta y se burla de mis delirios de valiente, parece gritarme desde su escondite perverso: «¿Dónde vas así vestida?! Mírate bien. No hay nadie aplaudiéndote, nadie te admira ni te espera; esta es tu verdad, vivir a este lado de la puerta. Siempre, siempre, siempre...». Y el eco de su voz imaginaria retumba en mi presente como una losa que me aplastase

con el tremendo peso de las palabras que no dejan lugar a la duda, que no dan tregua a un «tal vez». No, son palabras eternas: *siempre* y *nunca* son demoledoras y hunden con su empeño en durar.

Me derrumbo y lloro como si con eso fuese a solucionar algo. Me quito la ropa y la abuela me tiende mi bata rosa, que, de nuevo, arropa mis delirios de fortaleza.

No hablamos más. Las dos sabemos bien que, por mucho que lo niegue, tengo miedo, mucho miedo. Quiero volar alto y ni siquiera soy capaz de caminar; no tengo remedio, no veo solución posible.

Por la noche, frente al televisor, miro sin ver una película. La abuela se ha quedado «traspuesta», dice ella. Sobre su regazo, duermen los Karamazov esperando el despertar o el día siguiente, según cuadre el insomnio veraniego.

Cuando Dostoievski publicó la obra, tuvo buena acogida, pero no faltó quien tildase su estilo de descuidado. Su técnica narrativa, apartada a veces de la trama principal para adentrarse en detalles de personajes no protagonistas, no gustó a todo el mundo. Si se hubiese dejado llevar por las primeras críticas, la obra nunca habría llegado a ser lo que sigue siendo hoy día: una de las más importantes de la literatura universal.

En la cama sueño que entro en el túnel, pero no hay nada, solo se escuchan mis pasos perdidos. Lo malo es que no veo la salida, lo bueno es que voy con tacones.

Por lo menos, en sueños soy valiente.